

PREFACIO

Ya en los últimos capítulos de *La batalla del idioma* (2004), Luis Gabriel-Stheeman y yo dábamos los primeros pasos hacia un análisis crítico de los discursos que, a inicios del milenio, iban sirviendo de soporte a las políticas de promoción del español. Algunas de las críticas que el libro recibió (y quiero señalar que entre las más interesantes se encuentran las escritas precisamente por varios de mis actuales colaboradores) me animaron a continuar trabajando en un proyecto que parecía haber cuajado entre ciertos sectores de la profesión dando lugar, en algunos casos, a estudios complementarios y detonando, en otros, actitudes de abierto enfrentamiento intelectual. Durante aquellos primeros meses tras la publicación de *La batalla*, pensaba que seguiría en solitario y que quizás acabaría por producir una monografía que, en formato cerrado y acaso coherente, sintetizara mi perspectiva y los resultados de mi investigación. Sin embargo, quizás por la dinámica de mi actividad profesional, el proyecto se fue desarrollando de otra manera, en un proceso de constante diálogo con un grupo de colegas que enriquecían el trabajo ofreciéndome perspectivas, como acabo de decir, a veces complementarias y a veces alternativas. Y así se fue forjando este libro, este híbrido marcado, por un lado, por la fuerte impronta que yo, como editor, le pude dar, y por otro, por la poderosa presencia de intelectuales e investigadores de una talla tal que ni el editor más enérgico les puede hacer sombra.

El libro, su estructura interna y su efecto como un todo, ha sido meticulosamente planeado. Y sin embargo, a pesar de mis impulsos totalizadores y de mi intervención editorial, cada uno de los elementos que lo constituyen tiene una existencia y un valor propios. Son ensayos creados autónomamente (la mayoría como respuesta a mi invitación y uno, el de Lara, de modo absolutamente independiente) que de hecho han funcionado en otros contextos donde los autores los hemos presentado o publicado en variaciones mayores o menores sobre el que aquí aparece.

El resultado final es este libro: una serie de análisis y reflexiones sobre la dimensión ideológica de las políticas contemporáneas de promoción del español. En torno al concepto de ideología lingüística –aunque comprometidos con él en distinta

medida— y frente al horizonte que dibujan los paradigmas del nacionalismo y la globalización, los autores analizamos —con diferente intensidad crítica— dos aspectos de los discursos que arrojan este proyecto de consolidación del estatus simbólico del idioma: la afirmación del español como base de la *hispanofonía* y su instalación definitiva como *lengua global*. En el proceso se presta atención especial —aunque no exclusiva— a las imágenes de la lengua que emergen de la comunidad discursiva desarrollada en torno a agencias españolas tales como la RAE y el Instituto Cervantes (el español como *lengua total*, *lengua de encuentro*, *activo estratégico*, *lengua mestiza* o *lengua global*). En algunos capítulos se afirma el valor analítico del concepto de ideología lingüística (Woolard —una de las principales proponentes del mismo—, del Valle y Fernández) y se ilustra su aplicabilidad al análisis de los debates públicos en torno a la lengua. En otros (Lara y López García) se adopta una actitud diferente hacia esta categoría e incluso —al desarrollar modelos distintos para el estudio de los temas generales aquí tratados— un gesto estimulante y crítico hacia alguna de las premisas teóricas del libro en su conjunto.

El tema al que nos enfrentamos es vasto y complejo y por ello nuestra contribución es necesariamente limitada. Confiamos, sin embargo, en que estos estudios sirvan al menos para provocar el examen de asuntos que hayamos explorado de modo insuficiente o que nos hayamos visto obligados a dejar en los márgenes. ¿Qué tratamiento se le da, en los discursos aquí analizados, a las lenguas que en el mundo hispánico viven en contacto con el español? ¿Qué ideologías lingüísticas emergen en torno a estas lenguas? ¿Qué efectos políticos tienen las visiones del español aquí estudiadas en la legitimación de políticas en territorios plurilingües? ¿Qué juego dan para negociar el estatus del español y de España en la Unión Europea? ¿Qué arraigo pueden tener estas visiones institucionales del idioma más allá de las instituciones, entre “la gente”? ¿Qué relevancia adquieren estas ideologías en espacios concretos tales como Puerto Rico? ¿Qué políticas lingüísticas y qué ideologías se han desarrollado en otros países de habla hispana? ¿Qué impulso institucional han recibido? Nuestro grupo de colaboradores se forma desde diversos espacios geocadémicos: español (Fernández y López García), estadounidense (del Valle, Villa, Woolard) y mexicano (Lara) —sin olvidar el eje Alemania-España que forma la editorial, Vervuert/Iberoamericana—. Me habría gustado, desde luego, que al menos una perspectiva suramericana estuviera representada (un par de colegas de cuyo apoyo y erudición me he beneficiado enormemente no pudieron participar en la última fase del proyecto). El caso es que aún hay mucha tela que cortar y confiamos en que surjan nuevas iniciativas que den cabida a otras y nuevas voces.

Hay un elemento más que distingue a este libro de la narración monológica que yo, como único autor, muy probablemente habría construido. El texto que sigue

exhibe toda una serie de tensiones internas, toda una serie de cruces temáticos y argumentales que por momentos adquieren una visibilidad inusual en trabajos colectivos de este tipo. López García, por ejemplo, abre su ensayo situándose de modo explícito frente al concepto de ideología lingüística que yo abrazo y frente al “galimatías” conceptual que pudiera generar mi propuesta. Woolard, por su parte, desarrolla en el suyo, con precisión de experta cirujana, la disección fascinante que merece un también fascinante libro como es *El rumor de los desarraigados* (1985) que le valió precisamente a Ángel López García el premio Anagrama allá por los años ochenta.

¿Cómo leer entonces este volumen? ¿De adelante atrás, de arriba abajo y de izquierda a derecha? Sí, así se puede leer. Sin embargo, el propio texto contiene múltiples invitaciones –conscientes unas, inesperadas otras– a la transgresión de su orden aparente. Ojalá que, a la hora de la verdad, es decir, a la hora de la lectura, el libro tenga en el lector una suerte de efecto *rayuela* que lo anime a explorar otros caminos, a dar saltos sorpresivos y, a través de ellos, a leer a contrapelo el orden tranquilizador y las cómodas categorías que lo constituyen como texto.

Finalmente, pido al lector que haga justicia a mis colaboradores y me atribuya sólo a mí la responsabilidad de los errores y omisiones que el libro en su conjunto pueda contener.